

Revista de libros

Jesús BARTOLOMÉ, M^a. Cruz GONZÁLEZ, Milagros QUIJADA (eds.), *La escritura y el libro en la Antigüedad*, Madrid, Ediciones Clásicas 2004, XII + 453 pp.

Según explican los editores en el prólogo, este libro es el resultado de una iniciativa de la Junta Directiva de la Sección de la SEEC en el País Vasco, deseosa de ofrecer a sus socios (a ellos está dedicado el volumen) una colección de estudios que abarcasen importantes y variados aspectos del mundo antiguo, en la que colaboraran filólogos e historiadores de distintas universidades. Con el fin de asegurar cierta coherencia, dando amplia libertad de elección a los autores, fijaron como tema general el de la escritura y el libro. A él se atienen, desde luego, los veinte trabajos que lo componen. Ocho son obra de miembros de la Universidad vasca; once se deben a profesores de otras universidades españolas, y uno ha sido escrito por el conocido filólogo italiano G. Giangrande. El conjunto se ha dividido en cinco apartados: «Los distintos sistemas de escritura», pp. 1-92; «Usos de la escritura epigráfica en Roma e Hispania», pp. 93-207; «Las funciones de la escritura y del libro en Grecia», pp. 209-336; «Las funciones de la escritura y del libro en Roma», pp. 337-417; «La aventura de la transmisión del libro», pp. 419-453.

El primer apartado agrupa cuatro trabajos: R. Stempel, «La escritura cuneiforme», pp. 3-21; M.S. Ruipérez - J.L. Melena, «Las escrituras del II milenio a. C. en Grecia», pp. 23-36; J. de Hoz, «La recepción de la escritura consonántica fenicia en Grecia», pp. 37-54; y J. Gorrochategui, «Los alfabetos de Italia y el alfabeto latino», pp. 55-78, con un apéndice en el que ha colaborado C. García Román, «Imágenes y textos para la historia de los alfabetos de Italia y del alfabeto latino» pp. 79-92. Se trata de síntesis actualizadas de notable valor pedagógico. La de Stempel condensa muy bien en su primera parte los principios básicos de la escritura cuneiforme, con las convenciones de su transliteración. Los signos están dibujados con nitidez, lo cual facilita mucho la comprensión del texto. Incluye además resúmenes sobre el desciframiento y las lenguas que los usaron (téngase en cuenta a propósito de p. 19, n. 17, que el luvita está bien atestiguado en el primer milenio por medio de la escritura jeroglífica). La contribución de Ruipérez - Melena reproduce el capítulo II del muy útil libro de ambos autores *Los griegos micénicos*, Madrid 1990, enriquecido con un par de textos micénicos, traducidos y comentados, tomados de la selección que J.L. Melena publicó en

1995, *Antología comentada de textos micénicos*. El trabajo de J. de Hoz destaca por su interesante planteamiento de las condiciones sociales que determinaron la adopción de la escritura en Grecia en el siglo IX/VIII, y el de Gorrochategui atiende debidamente a la escritura de las distintas lenguas indoeuropeas de Italia y resulta especialmente atractivo por los facsímiles del apéndice.

El segundo apartado comprende seis aportaciones: J. Velaza, «La escritura en la Península Ibérica antigua», pp. 96-114, con fotografía, facsímiles y una bibliografía bien elegida y actualizada; J.F. Rodríguez Neila, «La propaganda electoral en la ciudad romana», pp. 115-130, curioso estudio de los carteles electorales recuperados en Pompeya (en p. 125 *verecunde viventi* = «para quien vive honorablemente»); J. Santos Yanguas, «Algunos ejemplos de epigrafía monumental en Hispania», pp. 131-150, incluye la de algunos monumentos tan conocidos, como el Acueducto de Segovia o el Arco de Medinaceli, reconstruida a partir de los puntos de sujeción de las letras de bronce perdidas; M. Cruz González Rodríguez, «La religión en la ciudad romana: el ejemplo hispano (s. I a. C. - s. III d. C.)», pp. 151-170, sobre la *religio* en las leyes locales y en algunas dedicaciones públicas; J. Gómez Pallarés, «Perspectivas de estudio para la relación entre la poesía latina y los *carmina latina epigraphica*», pp. 171-181, con reflexiones sobre los modos en que los *carmina* pueden haber influido en los poetas; M^a.T. Muñoz García de Iturrospe, «La literatura de la muerte», pp. 183-207 (a propósito del lugar de enterramiento como un jardín, cf. M^a.H. Velasco López, *El paisaje del más allá: el tema del prado verde en la escatología indoeuropea*, Valladolid 2001).

La sección dedicada a la escritura y el libro en Grecia se abre con un nuevo trabajo de J. de Hoz, «La escritura en Grecia arcaica y clásica: funciones y modelos», pp. 211-237, que empalma muy bien con su otra aportación en la primera sección. Con lo que él dice sobre testimonios de lectura a finales del siglo V a.C. enlaza a su vez el interesante estudio de M. Quijada, «Dioniso, lector de la *Andrómeda* en *Ranas*», pp. 239-256, que recoge testimonios también de las otras comedias de Aristófanes y discute los conocimientos literarios de la Atenas de la época a la luz de la paratragedia cómica. G. Giangrande, «La escritura y el libro en la Antigüedad: aspectos de la poesía paródica», pp. 257-269, analiza, sobre todo, el centón paródico que se encuentra en Dión Crisóstomo, 32, 81. Uno de los trabajos mejor escritos es el de M. Brioso, «La novela griega antigua: su escritura y sus lectores», pp. 271-309, cuyas reflexiones resultan siempre interesantes, tanto si se comparten sus ideas sobre la difusión restringida del género, como si no. La exposición de F. Pordomingo, «Los libros más pequeños de la Antigüedad. El testimonio de los papiros», pp. 311-336, centrada en los que tienen contenido literario o semiliterario, debe ser consultada por cuantos se interesen por estos sorprendentes libros en miniatura (p. 313, en *POxy* 66, 4513, κείνοι δ'εἰσι παρὰ σκέδοθεν = «aquéllos están muy cerca»).

La sección correspondiente a Roma acoge tres trabajos. El más general es el de J.C. Fernández Corte, «Sobre ordenación y finales de libros de poesía en la época republicana y augústea», pp. 339-361, donde, a propósito de la organización de libros de poemas breves en esos períodos, discute cuestiones de intertextualidad e intratextualidad, con atención a las relaciones entre libro, texto y género. Los trabajos de J. Bartolomé Gómez, «La escritura de la memoria: un viaje metafórico a través del

libro de historia», pp. 363-391, y R. Cortés Tovar, «El libro I de las *Sátiras* de Juvenal: ¿unidad vs. *farrago*», pp. 393-417, se centran respectivamente en la obra de Livio y en el libro del poeta satírico indicado en el título: ambos están enfocados desde modernas perspectivas de crítica literaria.

El último apartado es el más corto. Reúne dos trabajos: F. González Vega, «Los escritores latinos a pie de imprenta. La recepción de la Antigüedad a través del libro humanístico», pp. 421-438, y C. Codoñer, «La suerte de los libros: difusión medieval de algunas obras de Isidoro de Sevilla», pp. 439-453, reproducción de un artículo publicado en la revista italiana *Filologia Mediolatina* (9, 2002, 35-50).

La variada riqueza del libro y la necesidad de atenernos al espacio disponible obliga a condensar considerablemente nuestra reseña. Muchos lectores agradecerán el aviso de que algunos de los trabajos pueden ser muy útiles para preparar temas de oposiciones, tanto más cuanto que tratan aspectos muy poco atendidos en las habituales síntesis de actualización. En realidad, estamos seguros de que cualquier lector que dedique el tiempo necesario al volumen se verá recompensado y aprenderá algo nuevo.

Manuel GARCÍA TEIJEIRO
Universidad de Valladolid

Diana SEGARRA CRESPO (coord.) *et alii*, *Connotaciones sacrales de la alimentación en el mundo clásico*, Anejos de *Ilu* 12, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid 2004, 179 pp.

Como fruto de un ciclo de conferencias celebradas en la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma (7-8 junio 2002), titulado inicialmente en italiano *La filigrana sacrale dell'universo alimentare nel mondo classico*, encontramos ahora esta original monografía compuesta de 13 artículos de remarcado interés antropológico y cultural acerca de la alimentación en el mundo clásico. La obra, que ve la luz gracias al patrocinio de *Ilu*, Revista de Ciencias de las Religiones de la Universidad Complutense de Madrid –como ya lo hicieron otros anejos, sirvan como muestra: *Narraciones bíblicas de la creación. Edición y estudio comparativo* (VV. AA., 2002); o *Termalismo y Religión* (F. Díez de Velasco, coord.)–, publicada bajo la coordinación de Diana Segarra Crespo, y prologada por Manuel Espadas, Director de la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, se caracteriza por su originalidad, así como por la adecuación entre sus diferentes estudios, una virtud ésta que no resulta extraña al observar la nómina de los diversos especialistas que aquí se dan cita, tales y de tan distintos campos como Ricardo Olmos (CSIC), Aurelio Pérez Jiménez (Universidad de Málaga); o los italianos G. Piccaluga (Sapienza) y N. Spineto (Università di Torino), entre otros muchos, quienes bajo una misma línea de investigación y de una manera global presentan sus trabajos buscando un objetivo común que de manera poligenética se engarza con todas las culturas del occidente antiguo: encontrar y comprender el fundamento de expresiones religiosas y actitudes psicológicas comunes en manifestaciones históricas diversas que tienen en la alimentación su principal entronque cultural.

Y es así que la alimentación, estudiada *a priori* bajo los parámetros historiográficos de la microhistoria o la historia de la vida privada, consigue aquí desmarcarse de este lastre academicista para aportar relevantes datos que confirman la vinculación cultural con respecto a la religión y los elementos culturales del mundo antiguo, subrayando la importancia de la gastronomía y la alimentación como punto de partida para el entendimiento de aspectos antropológicos y sociales de aquellos que conformaron *ab initio* toda la imaginería *gastro-sacral* que hasta hoy nos acompaña.

Para poder apreciar todo el valor que presenta esta publicación para la comunidad científica, hemos decidido dividir la totalidad de artículos bajo diversos parámetros de interés, bien desde un punto donde se conjugan estrictamente los valores sacrales y su extensión alimenticia, bien desde una exposición descriptiva de ciertos detalles del arte culinario en la Antigüedad que conforman la personalidad antropológica de cada pueblo. Así:

a) visiones *gastro-sacrales*: de entre todos los estudios que se ocupan de una visión más estricta en cuanto a la relación alimento-religión podemos destacar el trabajo de J. Delgado Delgado, «La legislación pontifical sobre los alimentos empleados en la práctica cultural romana: un modelo de gestión documental» (pp. 15-33), donde se estudian los diversos escritos jurídicos que regulaban la práctica ritual del banquete y el sacrificio, siempre bajo el *ius* de los sacerdotes; al igual que la visión de F. Díez de Velasco, «Cuestiones metodológicas para el estudio de un aspecto de la experiencia dionisiaca: vino y muerte» (pp. 33-47), en el que se aportan datos importantes acerca de la experiencia taumatúrgica y religiosa de la ingesta del vino en los banquetes griegos, íntimamente relacionados al culto dionisiaco y órfico; estudio similar al ofrecido por A. Pérez Jiménez, «La comida y la astrología lunar antigua» (pp. 79-89), que remarca los diversos alimentos que se asocian a la visión astrológica de la Luna y el Sol en la Grecia Arcaica, tales como salsas y carnes de trasfondo mágico y cultural. Otros trabajos como el de Diana Segarra, «A propósito de los quesos de la diosa Orthia» (p. 123), o los de N. Spineto, «La panspermia degli Anthesteria» (p. 141), se enmarcan en una visión del propio alimento bajo los diversos ritos y fiestas religiosas griegas, elementos patentes incluso en nuestros días, donde el concepto religioso conlleva de manera intrínseca en sus grandes celebraciones el elemento gastronómico.

b) visiones *gastro-antropológicas*: bajo esta nómima se estudia la alimentación como un mero hecho antropológico y social que aporta las bases culturales de cada civilización, como así demuestra el documentado trabajo de A.M. Capomacchia, «L'eroe mangia: il pasto nella dimensione della hybris eroica» (p. 9) donde observamos que ciertos héroes como Ulises, Aquiles y Hércules están ligados a un determinado comportamiento gastronómico, ya sea durante su lactancia o bien en su desarrollo como héroes; al igual que el interesante estudio de S. Montero Herrero, «El consumo de aves en la Roma de Augusto: *luxus* y *nefas*» (p. 47), en el que los datos hacen sugerir no sólo un trasfondo gastronómico y convivial, sino una revelación histórica que remarca el gusto por el lujo comedido a partir del principado de Augusto. Otros artículos adoptan directrices más descriptivas, como el trabajo de M. Rocchi (p. 99), «Oche sulla mensa e in volo sul Tauro», que con datos fundamentados en Ate-neo, *Deipnosophistai*, estudia las maneras de consumo de los volátiles en época im-

perial; semejante en objetivos a la visión de A. Saggioro, «Pane per il popolo...» (p. 109), donde se observa el pan como la base, desde una evolución histórica, de toda una imaginería cívica que llega hasta nosotros.

Como vemos, la alimentación y su connotación religiosa y social es el andamiaje común de este interesante trabajo, del cual podemos sacar en claro, entre otros aspectos de remarcado interés científico, el valor de un aspecto tan nimio y tan connatural a todas las civilizaciones como es la alimentación, base y poso de la idiosincrasia propia de cada pueblo.

Israel VILLALBA DE LA GÜIDA
Universidad Complutense de Madrid

Charles MARTINDALE, *Latin poetry and the judgement of taste. An essay in Aesthetics*, Oxford, Oxford University Press 2005, 265 pp.

Ch. Martindale se propone en el presente ensayo una revalorización de la crítica literaria estética, partiendo de la consideración de la teoría de Kant acerca del «juicio del gusto», como representante de la estética filosófica de la modernidad. La necesidad de esta revalorización está motivada por la observación, por parte del autor, de un aparentemente inexorable desarrollo en los Estudios Clásicos y, en general, en las Humanidades, de una tendencia que él denomina «culturalismo» o «crítica ideológica». Esta corriente analiza la obra de arte desde perspectivas tales como la política, la filosofía, la sociología, la moral, entre otras, es decir, desde ámbitos culturales que, aunque están innegablemente presentes en el arte, no constituyen su valor específico.

El primer capítulo está centrado en el análisis de la teoría estética kantiana, a la que considera un excelente fundamento para la reconstrucción de una crítica estética en la actualidad. Kant ofrece un entendimiento teórico de la estética, de su especificidad, de su autonomía y de su poder e importancia en la vida humana. Las principales características del «juicio del gusto» kantiano que se señalan son: la necesidad de un contacto directo entre el sujeto y el objeto como punto de partida para la emisión de este tipo de juicios, su ubicación en la mente del sujeto que experimenta una sensación de belleza o placer a partir de ciertas cualidades del objeto, su «desinterés» o independencia en relación con valores pertenecientes a otros ámbitos de la vida cultural, sus rasgos simultáneos de subjetividad y de tendencia a la universalidad (el juicio estético se desea compartir, busca consenso), y su posibilidad de trascendencia temporal y espacial. Según la teoría kantiana, la estética constituye una facultad humana singular, una manera particular de explorar la realidad que nos rodea por medio de un libre juego de la imaginación y el entendimiento. La captación de la belleza, ya sea natural o artística, es una forma de conocimiento no conceptual, diferente al conocimiento científico. Esta capacidad humana se encuentra tanto en el que crea belleza (el artista, al que Kant denomina *genius*) como en el que la percibe. Esa cualidad creativa que caracteriza al *genius* puede

estar presente en diversos grados, en diversas personas y en diversas actividades humanas, pero es la actividad artística su ámbito de acción más específico. Según Kant, la tarea del crítico de arte es la explicitación y el análisis de su propio «juicio del gusto» subjetivo, para comunicarlo, compartirlo y, en cierta manera, universalizarlo. Las comunicaciones de experiencias estéticas individuales de una obra de arte contribuyen en mayor o menor medida a construir el hecho artístico o estético. Martindale presenta ejemplos de la crítica artística de W. Pater como modelos de aplicación de la teoría estética kantiana.

El segundo capítulo se propone exponer y fundamentar la consideración de que el «juicio del gusto» es un juicio de forma y contenido juntos y se ubica en una posición de equilibrio entre dos extremos: uno, el formalismo de ciertas teorías de arte modernistas para las que el contenido es sólo un «adorno» de la forma, y el otro, la crítica ideológica, para la que la forma es un «adorno» del contenido. Según Martindale no debe forzarse una elección entre forma y contenido, ya que ambos son inseparables en la obra de arte, y se distinguen como categorías de la mente humana con las que exploramos el objeto bello, y no como entidades intrínsecas del mismo. El autor propone una valoración de la singularidad del arte en su autonomía, una crítica del «arte por el arte», advirtiendo que esta posición no implica un tipo de formalismo extremo, ya que centra su foco de atención en la producción de belleza, tomando este concepto en su sentido amplio, que abarca forma y contenido. La exposición de esta teoría estética se complementa con una aplicación de la misma en el análisis de textos poéticos de Horacio, Catulo y Virgilio.

En el tercer capítulo, Martindale intenta definir los límites del arte y del juicio estético, diferenciándolos de otros ámbitos de la actividad cultural. No se niega que tanto la creación artística como la tarea de la crítica están inevitablemente vinculadas, en mayor o menor medida, con las diversas esferas de la vida cultural, pero se intenta señalar que el valor propio y singular de una obra de arte es el valor artístico o estético, que revela un modo particular de relación y exploración de la realidad, poseedor de sus propias reglas y con autonomía propia. Por lo tanto, una crítica artística que se oriente a explicitar la singularidad de ese valor estético y de la experiencia estética que provoca ocupa un lugar de privilegio, ya que se dirige a la esencia de la obra de arte, a su valor específico. Para ejemplificar el ejercicio de la crítica estética y su diferencia con las críticas ideológicas el autor ofrece diversos análisis de textos de Horacio y Virgilio.

Continuando y complementando su definición de crítica estética, Martindale señala en el último capítulo que mientras la crítica ideológica subsume el objeto de arte en conceptos culturales existentes, la crítica estética, por el contrario, se centra en la recepción del objeto de arte en particular, en toda su complejidad, sin buscar encasillarlo con reglas ajenas al arte mismo. Esta crítica intenta explicitar y comunicar una singular experiencia estética, un encuentro entre el sujeto y el objeto de arte que se produce en un determinado tiempo y espacio, busca la virtud particular por la que cada obra de arte produce una impresión de belleza, la cualidad propia que le otorga su valor estético. No se deben buscar, sostiene el autor, fórmulas universales ni para la creación artística ni para la crítica del arte. Cada experiencia es nueva y

debe construir su proyecto particular y sus reglas propias. Las teorías críticas deben ser reconfiguradas en cada encuentro estético particular. La crítica estética no sólo describe, sino también interpreta y actualiza el objeto de arte a través de la comunicación de una experiencia subjetiva que intenta compartirse y confrontarse con otras, aun sabiendo que dicha experiencia no puede ser abarcada en su totalidad por consideraciones conceptuales. Finalmente, a través del análisis de textos de Lucrecio, Ovidio y Lucano, Martindale pone en práctica la crítica estética que ha descrito, enfatizando el concepto de que, más allá de la presencia de diversos elementos culturales (filosóficos, mítico-religiosos, políticos, entre otros), la obra de arte provoca una transformación poética de los mismos otorgándoles el valor propio de la poesía.

La exhaustividad y precisión de las disquisiciones teóricas expuestas en este libro, sumadas a los adecuados y clarificadores ejemplos de análisis crítico, lo convierten en un significativo aporte para la reflexión sobre la Estética y la Crítica de Arte en general, y, más específicamente, para los Estudios de Literatura Latina Clásica.

María Luisa LA FICO GUZZO
Universidad Nacional del Sur
Departamento de Humanidades
mllafico@criba.edu.ar

CICERÓN, *Discursos. VI. Filípicas*, introducción, traducción y notas de María José Muñoz Jiménez, Biblioteca Clásica Gredos 345, Madrid, Editorial Gredos 2006, 466 pp.

La figura de Cicerón está y siempre ha estado sujeta a múltiples controversias. Mucho trecho hay de su consideración como «héroe de la libertad» a la de egocéntrico buscador de gloria y corruptor de la República mediante el uso interesado de la verdad; de admirarlo como modelo necesario de imitación a censurarlo como saqueador de los griegos y dudoso poeta de la «Roma afortunada». Pero, independientemente de las valoraciones que la figura en su conjunto despierta y de las opiniones que cada uno tiene del personaje, es difícil no sentir una profunda y espontánea admiración cuando, dejando de lado las teorías, uno se atreve a acercarse a algunos de sus textos y, más concretamente, a algunos de sus discursos. Buen ejemplo de lo que decimos lo constituyen las *Filípicas*, un texto terminal y fatídico. Pues, ¿cómo no sucumbir, por ejemplo, a la potencia del impresionante segundo discurso, en el que el Arpinate, superándose a sí mismo, realiza de nuevo, pero con sobresaliente eficacia, una de las tareas que más le agradaban y a las que más acostumbrado estaba: presentar ante el público su propia figura contrapuesta a la de otros grandes hombres, personajes, sin embargo, carentes lamentablemente de las cualidades intelectuales y morales que adornaban al Arpinate? O, ¿cómo no deleitarse ante los diversos tonos de estos discursos, en los que Cicerón pasa imperceptiblemente de la solemnidad a la irritación, cultivando también la fina ironía o el cruel sarcasmo? Ante textos como éste el lector, rechazando automáticos o voluntarios «efectos de distanciamiento», hará bien en dejarse llevar al principio casi cándidamente por el genio de Cicerón, desplegado en su

extraordinaria prosa. No sabrá entonces si fijar más su atención en los apasionantes hechos narrados, en la maestría de quien sabe contarlos de forma única dándoles forma comprensible y creíble o en la magistral utilización del instrumento que el autor utiliza para todo ello: la lengua latina. Más tarde, segundas y terceras lecturas reflexivas y analíticas (lecturas de eruditos, pero también de buenos lectores) le permitirán acceder a otros placeres, más tristes quizá, pero también más conscientes y más sutiles. Pero no harán, creo, sino aumentar la admiración de quien ya había sido conquistado. Hasta aquí, bien: obras extraordinarias y buenos lectores. Pero, ¿qué sucederá si el lector no accede al texto directamente, sino mediante una traducción? ¿Mantendrá su potencia y encanto el Cicerón reformulado? ¿Se parecerá ese criminal degenerado de *Antonius* a un tal Antonio que ahora nos presentan de nuevas? ¿Seguirá riéndose Cicerón justamente, y con los mismos harmónicos, en los momentos en los que lo hacía en su excepcional prosa latina? La respuesta a todas estas cuestiones será afirmativa si el traductor ha atendido a todos estos problemas y los ha hecho suyos dándoles una respuesta adecuada. Eso es precisamente lo que sucede en la traducción de las *Filípicas* que nos ofrece ahora María José Muñoz.

Las *Filípicas*, «l'ultimo monumento della libertà antica» al decir de Leopardi, no cuentan con muchas versiones al español. Destaca la muy reciente y excelente de J.C. Martín Iglesias, a la que hay que sumar la ya vieja (incluida en la *Biblioteca Clásica* de Luis Navarro) de J.B. Calvo. Por ello, la nueva versión de María José Muñoz contribuirá en nuestros días, junto con la citada de Martín Iglesias, a la importante tarea de difundir de forma actualizada un texto al que hasta hace muy poco era bastante difícil acceder en español. La estructura del volumen es la acostumbrada: una pequeña pero informativa introducción, seguida de la traducción anotada. En lo que toca a la introducción, crea un clima especial el iniciarla dando la palabra a un Petrarca que amargamente censura a Cicerón por viejo, por imprudente y, sobre todo, por dejarse dominar en su situación por la irrefrenable ansia de gloria que siempre lo caracterizó. Cicerón, que tanto sabía, al final había aprendido muy poco. Por lo demás, María José Muñoz desgrana convenientemente las principales cuestiones tocantes a la interpretación de unos discursos que son colofón de una larga vida dedicada a la actividad política y coronación de una actividad literaria de importancia singular. Estas páginas aportan, pues, al lector los datos esenciales que le permitirán contextualizar la actividad del Arpinate y cada uno de los discursos. También aclara aspectos como el título de la obra, el número de discursos (cuestión que en absoluto carece de interés), las formas de difusión de los discursos o las peculiaridades y aspectos comunes de cada uno de ellos. Muy interesante y pertinente es el apartado en el que se ofrecen claves sobre algunas estrategias utilizadas por Cicerón para construir y aportar potencia a sus discursos, como el uso de la «retórica de crisis», que con tanta eficacia había utilizado antes el Orador en las *Catilinarias* y tanta importancia tiene en muchas obras de la literatura latina. También son analizados el uso ciceroniano del *ridiculum* y el elogio de los héroes del momento (especialmente Octavio, Bruto y, sobre todo, el propio autor). En el apartado referido al estilo, destaca María José Muñoz la importancia de las *Filípicas* como culminación de la evolución estilística de Cicerón. La energía y sensación de urgencia que el texto latino transmite son adecuadamente puestas de relieve por la autora. El apar-

tado dedicado a la pervivencia se centra en la época clásica, aportando alguna pincelada posterior e interesantes datos sobre la expresión «echar una filípica», de la que ya anteriormente se había ocupado la autora. Las páginas dedicadas a la tradición manuscrita son particularmente interesantes por dos razones: en primer lugar, por el relieve atribuido a los códices «hispanicos» de la obra y, en segundo, por la observación relativa a la importancia de los florilegios (no en vano, María José Muñoz es una experta en esta cuestión) como transmisores de partes del texto y testimonios del interés que las *Filípicas* despertaron en distintos momentos de su recepción. Se echa de menos quizá alguna observación más sobre los fragmentos (aunque se mencionan y explican los de Nonio Marcelo), que, incluidos al final, remiten además erróneamente a páginas en las que no se aporta información alguna sobre ellos.

La edición que utiliza María José Muñoz para su traducción es la de Fedeli y, como es habitual, se indican los pasajes en los que la traductora se ha alejado del texto, volviendo por lo general al texto transmitido y no aceptando, por ejemplo, algunas lagunas propuestas por el filólogo italiano. Respecto a la bibliografía aportada, su concisión la convierte en un instrumento verdaderamente útil para el no especialista en la obra. En cuanto a la traducción, cada discurso aparece encabezado por una pequeña introducción, lo cual supone un gran acierto, pues esas pocas páginas facilitan extraordinariamente la lectura, aportando claves para la comprensión cabal del texto mediante noticias históricas esenciales y propuestas de estructuración de cada discurso en secciones, que suponen verdaderos mapas del itinerario ciceroniano. Las abundantes notas que enriquecen el texto también contribuyen notablemente a esclarecer los puntos en los que el lector puede perderse ante lo complejo de los acontecimientos o lo oscuro de alguna alusión. La traducción propiamente dicha es excelente, rica en ritmos y tonos que reflejan la variedad de un original muy difícil de verter a cualquier lengua. La pericia de la traductora es grande, lo que le permite evitar escollos graves. Uno de los más complejos de resolver me parece el del abundante uso de la ironía en estos discursos. La ironía, realizada con esfumaturas y sobreentendidos, es un recurso delicado y que hay que emplear con tacto ya en las obras originales. Más difícil todavía resulta reconstruir esos juegos sutiles en otra lengua. La traductora lo logra con éxito. Buena prueba de su preocupación por esta cuestión son las notas en las que se recuerda que Cicerón está hablando irónicamente. A mi juicio, es raro el pasaje en que esta ironía no queda clara en la propia traducción y, por tanto, sobraría alguna de estas notas, pero seguro que algunos lectores agradecen los avisos. En un trabajo tan excelente no pueden faltar algunas erratas. Prefiero «epidíctico» a «epideíctico» (p. 24) y «las idus» a «los idus» (p. 150). En p. 53, la última palabra del verso 3 de la traducción de Daza del emblema XXIX de Alciato debería ser «suerte» en lugar de «fuerte» (el error proviene, sin duda, del verso 5). Pero, dejando de lado las inevitables minucias, esta nueva traducción de las *Filípicas* permitirá a muchos lectores disfrutar de un estupendo y elocuente Cicerón castellano y hacerlo aprendiendo mucho sobre la época y la obra del orador de Arpino.

José David CASTRO DE CASTRO
Universidad Complutense de Madrid
dcastro@filol.ucm.es

Alejandro BEKES, *Odas de Quinto Horacio Flaco*, introducción, traducción y notas de Alejandro Bekes, Buenos Aires, Editorial Losada 2005, 529 pp.

La editorial Losada nos ofrece en esta ocasión, dentro de su colección de clásicos griegos y latinos, una completa edición bilingüe de las *Odas* de Horacio a cargo de Alejandro Bekes. Interesante es la oportunidad que se nos brinda de disfrutar de la obra lírica del gran vate romano, vertida al castellano por otro poeta.

Una visión extensa y acertada de Horacio, su tiempo y su obra se obtiene tras leer la introducción, a cargo del mismo autor, con que se inicia la edición. Tras una breve reseña biográfica y una panorámica, al mismo tiempo cronológica y temática, de las *Odas*, seguidas por un rápido repaso a los modelos griegos que surtieron al de Venusia, el autor nos regala un excelente estudio del estilo horaciano realizado a partir de cuatro ejemplos sacados de las mismas *Odas*. Es quizá el pasaje más acertado de esta introducción. En él demuestra Bekes en pocas, pero valiosas, líneas sus conocimientos sobre arte poética en general y sobre Horacio en particular. Con el buen sabor de boca que nos han dejado estos cuatro pasajes de las *Odas*, con sus correspondientes comentarios, continúa este estudio preliminar con algunas palabras dedicadas a la compleja evolución personal de Horacio (de joven republicano a poeta de la corte augústea en el círculo de Mecenas), reflejo, sin duda, del igualmente complejo escenario de la Roma en que le tocó vivir. Según el propio Bekes avisa previamente, su análisis de la recepción horaciana no es en modo alguno exhaustivo. Tanto para los ejemplos que expone ahora como para los que propondrá en las notas a las *Odas*, Bekes prefiere buscar la recepción cercana en el tiempo y pocas veces se aventura a tiempos anteriores al siglo XX; prefiere sacar a la luz la historia curiosa, la anécdota, el detalle. Finalizan la parte introductoria unos apuntes sobre métrica, tanto del original como de su versión, y otros sobre las notas. En cuanto a la métrica de su versión, ha optado Bekes por la combinación libre y sin rima de metros tradicionales castellanos, tratando, según explica el mismo autor, «de prestar oídos al original y a las posibilidades del castellano». Tanto el texto latino como la versión van anotadas. Digno de ser destacado aquí es el trabajo que se ha realizado en los comentarios de retórica y estilística.

Y pasamos a la traducción en sí de los cuatro libros de *Odas*, que se completa con la versión del *Carmen saeculare*. Nos sorprende Bekes por su facilidad para, siendo fiel al original latino, verter al castellano un texto con sentido claro y, además, de gran belleza. Esto es digno de elogio por dos motivos: el primero es que todos sabemos lo difícil que puede llegar a ser traducir un original latino en verso, más un autor como Horacio, cuya capacidad de concisión y ahorro lingüístico, clave de su arte, es bien conocida; el segundo es que esas versiones fieles al original, diáfanas en sentido y además bellas, son la norma general de su labor. Pocas veces la traducción nos pareció reflejo lejano e indigno del original (así con el *Exegi monumentum aere perennius...*). Menos aún han sido las ocasiones en que su versión no nos ha parecido del todo espejo de las palabras de Horacio (así con el *non ita creditum* de 1, 24 y el *verecundum Bacchum* de 1, 27). Algunas de sus traducciones en los momentos más oscuros del cancionero (como 3, 3) salen airoas y con sentido

intacto gracias a la sencillez, nota denominadora de este notable trabajo. Incluso en algunos puntos donde la traducción aún ofrece distintos caminos a seguir (2, 8; 2, 16) Bekes destaca por aportar una fresca y renovadora visión. Nos parece de justicia anunciar que algunas versiones alcanzan una excelencia digna de ser destacada: 1, 35 «Oh diosa, tú que en Ancio grata reinas...», 2, 3 «Serena en los momentos más difíciles...», 2, 8 «Si alguna vez tus rotos juramentos...», 3, 6 «Inocente expiarás paternos crímenes...», 3, 24 «Con los intactos tesoros...», 4, 4 «Como al ministro volador del rayo...» Todas ellas dan buen ejemplo del valor de esta traducción y del riguroso trabajo que su autor ha realizado; con nitidez se aprecia que, además de traductor, aquí había un poeta.

Por último, destacamos dos notas sobre Horacio apuntadas por Bekes que consideramos acertadas y de no poca importancia. La primera, diríamos, parece hasta reveladora, y es que quizá «el *otium*, la difícil paz del espíritu, es lo que busca, no lo que tiene, nuestro amigo poeta». La segunda es que la clave de la grandeza de las *Odas* de Horacio, modelo de poesía lírica durante innumerables generaciones, reside no sólo en la relación armoniosa entre formas y fondos, sino también en que en muchas de ellas «la palabra ha recobrado, súbitamente, su resonancia arcaica (...) en palabras de Luis Cernuda, su oculto fuego originario».

Vaya desde aquí nuestro reconocimiento.

Ismael ELÍAS MUÑOZ
eliselia_metal@yahoo.es

MARCO VALERIO MARCIAL, *Epigramas. Volumen I (libros 1-7)*, introducción de Rosario MORENO SOLDEVILA, texto latino preparado por Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, traducción de Enrique MONTERO CARTELLE, Madrid, Alma Mater, Colección de Autores Griegos y Latinos, C.S.I.C. 2004, CXXXIII+270 pp.

MARCO VALERIO MARCIAL, *Epigramas. Volumen II (libros 8-14)*, introducción de Rosario MORENO SOLDEVILA, texto latino preparado por Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, traducción de Enrique MONTERO CARTELLE, Madrid, Alma Mater, Colección de Autores Griegos y Latinos, C.S.I.C. 2005, XI+330 pp.

La Colección Alma Mater se ha enriquecido con la publicación de los *Epigramas* de Marcial en dos magníficos volúmenes, cuya confección ha sido encomendada a tres especialistas en el poeta de BÍbilis. Así, la preceptiva introducción al autor y la obra sido realizada por Rosario Moreno Soldevila, cuya Tesis Doctoral versó sobre el libro IV de los *Epigramas*; el texto latino ha sido establecido por Juan Fernández Valverde, buen conocedor de los versos de Marcial al ser coautor de una versión castellana anterior a la que aquí reseñamos; y, finalmente, la traducción ha estado a cargo de Enrique Montero Cartelle, quien ha prestado atención en diversos trabajos a la obra y la tradición manuscrita del bilbilitano.

En la introducción que abre el primer volumen, Rosario Moreno Soldevila da cumplida cuenta, en un obligado y difícil ejercicio de síntesis, de las principales cuestiones

suscitadas en torno a la figura y la obra del poeta. Para ello, los tres apartados dedicados, respectivamente, a la vida, obra y fortuna de Marcial se dividen en diferentes epígrafes: el primer apartado se dedica a los «Orígenes hispanos y primeros años en Roma», las «Relaciones personales y posición social» y los «Últimos años: el retorno a BÍblilis»; el segundo se articula en torno a «El *liber spectaculorum*», «Los *Xenia* y *Apophoreta*», «Los libros I-XII», «Temas de los Epigramas», «Disposición de los libros de epigramas», «Forma, estilo, lengua y métrica», «Marcial y la tradición del epigrama griego y latino» y «Marcial y los grandes escritores romanos»; y en el capítulo dedicado a la fortuna de la obra se presentan la «Pervivencia literaria», «La tradición manuscrita», las «Ediciones de Marcial» y los «Manuscritos y ediciones de Marcial en España».

Este numeroso elenco de cuestiones, ofrecido en cincuenta y siete apretadas páginas (pp. IX-LXVICXXIX), remite constantemente y de forma pertinente a numerosos trabajos que se recogen y amplían al final de la Introducción, en un completo y útil apartado de «Referencias bibliográficas» (pp. LXXVII-CXXIX). Tan sólo hemos advertido una ligera incoherencia en el sentido de que bajo el epígrafe 3.1, dedicado a la «Pervivencia literaria», se presentan dos subtítulos no numerados: «Hasta el fin de la Edad Media» y «En la literatura europea de los siglos XIV-XIX» y se abre después un epígrafe, «3.1.1. Marcial en la Literatura española», sin correlación posterior. Probablemente habría resultado más equilibrado dotar a cada título de entidad y numeración propia y proceder así como se hace después al tratar sobre «La tradición manuscrita» (3.2), las «Ediciones de Marcial» (3.3) y los «Manuscritos y ediciones de Marcial en España» (3.4).

Hay, además, en la Introducción otros dos apartados: «La presente edición» (pp. LXVI-LXXIV) y «La presente traducción» (pp. LXXV-LXXVI), que, aunque no se señala explícitamente, invitan a pensar que han sido compuestos respectivamente por Juan Fernández Valverde y Enrique Montero Cartelle, pues en uno y otro se ofrecen las claves y los principios que han regido la edición y la traducción.

En lo que respecta a la edición, J. Fernández Valverde inscribe su tarea en la larga tradición existente de ediciones de Marcial. Como él mismo señala, «al emprender una edición crítica hay que partir por fuerza de la anterior» (p. LXVII) y reconoce expresamente su deuda con la de D.R. Shackleton Bailey, aunque ejerce la necesaria crítica y en 186 pasos se separa del texto establecido por aquél; y lo hace, a nuestro entender, con buen criterio y aconsejable prudencia, pues las ediciones de D.R. Shackleton Bailey adolecen siempre –y no sólo en esta ocasión– de practicar en exceso la *emendatio ope ingenii*. Frente a esta actitud y la de otros editores, J. Fernández Valverde deja clara su postura cuando señala (p. LXVIII): «Demasiadas conjeturas. Marcial escribió su obra hace ya mucho tiempo. Lo que quiso decir sólo en su mente estaba. Lo que creemos que quiso decir, ya es otra cuestión. Este es a mi juicio, el principal problema de la edición de Marcial: la interpretación más que la dificultad textual en sí misma. Hay cosas que no vamos a entender nunca. En otras, da lo mismo la lectura de un ms. o de otro: cualquiera puede ser válida. Pero no tenemos derecho a reescribir a Marcial».

A su vez, la traducción de E. Montero Cartelle se ha realizado, como es lógico, sobre el texto latino establecido por J. Fernández Valverde, aunque es de señalar que

en ocasiones una y otro discrepan de forma consciente, como ocurre, por ejemplo, en el epigrama 8 del *Libro de los Espectáculos*, donde el editor deja trunco el último verso siguiendo el testimonio de uno de los manuscritos más señeros, mientras que el traductor completa el sentido del verso y del epigrama señalando la adición pertinente en nota; podría decirse que frente al justificado conservadurismo mostrado por J. Fernández como editor, E. Montero se permite como traductor una mayor tolerancia para dotar de sentido completo a la versión castellana, dando paso para ello a las propuestas de diversos editores. Por lo demás, las continuas y abundantes referencias al texto latino y al aparato crítico, ofrecidas en las notas que acompañan la traducción, consiguen que edición y traducción no sean dos elementos independientes, sino que aparezcan íntimamente relacionados.

En cuanto a la traducción en sí misma, el primer rasgo que se puede observar, dado que se presentan confrontados el texto latino y la traducción, es que ésta supera a la perfección el examen constante e inevitable con el texto latino; así, respeta y refleja por lo general la disposición en verso del original, no dando, sin embargo, la impresión de forzada y poco natural, un logro no fácil de conseguir. E. Montero se muestra consciente de tal dificultad, y por eso –y no por exageración o falsa modestia– señala que traducir a Marcial es «un tormento», porque la gracia «se expresa en un verso condensado, reciamente modelado, en el que nada sobra y nada falta, para tortura del traductor que tiene que verter en los moldes de otra lengua (por muy hija que sea del latín) una forma poética y lingüística monolítica, que no le da respiro alguno» (p. LXXV). Aunque el traductor quedara sin aliento mientras realizaba su tarea, ha logrado que nada sobre y nada falte tampoco en la traducción castellana, concisa y precisa, fiel a los diferentes registros presentes en los epigramas, y con ingenio para conectar y transmitir el genio de Marcial; sirva de ejemplo –entre muchos– la ocurrente actualización que realiza en 5.26, cuando traduce *alpha dixi ... te* (v. 1) por «te llamé el ‘number one’» y *dicas licebit beta me* (v. 4) por «tienes derecho a llamarme el ‘number two’». Se sigue, además, la pauta de traducir todas las frases griegas en francés, lengua de cultura en España durante muchos años como lo fue el griego en la Roma de Marcial. Mérito también del traductor son las abundantísimas notas, que contextualizan y aclaran el sentido, y que ponen en relación, como ya hemos señalado, la traducción con el texto latino.

Digamos, finalmente, que E. Montero se inscribe también, como J. Fernández en el caso de la edición, en una larga tradición y con generosidad dice: «Nuestra traducción ... se reconoce deudora, sobre todo en expresiones concretas felices, de la ágil versión en 1991 de Dulce Estefanía y de la prosa alegre de la traducción de Juan Fernández y Antonio Ramírez en 1997».

Tras haber gozado Marcial en los últimos años de buena fortuna en nuestro país con la aparición de las traducciones mencionadas, la vía de circulación y acercamiento a sus *Epigramas* se ve felizmente culminada con el estudio, la edición y la traducción reunidos ahora en Alma Mater.

María José MUÑOZ JIMÉNEZ
Universidad Complutense
munozjim@filol.ucm.es

Juan Francisco DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ (coord.), *Humanæ Litteræ. Estudios de humanismo y tradición clásica en homenaje al profesor Gaspar Morocho Gayo*, León, Ediciones de la Universidad de León 2004, 546 pp.

El presente libro de *Estudios de humanismo y tradición clásica en homenaje al profesor Gaspar Morocho*, que ha sido coordinado por Juan Francisco Domínguez, recoge en su presentación por Jesús Paniagua la semblanza humana personal y académica del profesor G. Morocho, tanto en su labor docente como investigadora (pp. 7-17).

Los trabajos de este libro giran en general en torno al Humanismo español y a los estudios realizados por el profesor G. Morocho. La diversidad de los mismos, todos ellos laudatorios, se centran en diversos aspectos del saber humanístico, en el sentido más amplio de la palabra o, como dice Saturnino Álvarez, siguiendo los pasos de su maestro: «Sobre el humanismo y la filología poligráfica» (pp. 71-80). Así pues, en esta miscelánea destacan los estudios sobre la imprenta, concretamente las ediciones de «Felipe Mey en Tarragona (1577-1587)», impresor de Pedro Juan Núñez, y referencias expresas que efectúa el autor J.F. Alcina Rovira a la relación de amistad entre el impresor y Antonio Agustín, para ofrecernos a continuación las 22 obras que salieron de su imprenta, tipos y marcas características y difusión, junto con la exportación de libros a Italia (pp. 19-54). Sobre tratados de Educación humanística destaca la colaboración en este libro realizada por Eduardo Álvarez del Palacio, Ramiro Jover Ruiz y José Antonio Robles Tascón con respecto al «*Examen de Ingenios* de Juan Huarte» (pp. 55-70). Vicente Bécares Botas, en su estudio «Sobre la conciencia histórica en el Renacimiento» (pp. 89-101), aúna la realidad del tiempo que les tocó vivir a los humanistas con el pensamiento cristiano integrador del mundo antiguo con el mundo moderno. En torno a la obra del jesuita Juan Francisco de Masdeu, escribe José Antonio Caballero López, «Los griegos impostores y el famoso dominicano de Viterbo» (pp. 103-112), señalando la reforma que se hizo durante el siglo XVIII de los estudios históricos, para evitar la difusión de los mitos y las falsedades de la Historia de España.

Con respecto a la crítica textual, destacaré entre los varios trabajos que contiene este libro el de Juan Francisco Domínguez Domínguez, quien realiza un espléndido y prolijo estudio sobre la sátira V de Juvenal (vv. 153-155), «En torno a la tradición de Juvenal: una contribución crítica y exegética» (pp. 113-168), contribuyendo el autor de forma esclarecedora con la interpretación de este texto, al llegar a una conclusión sobre la mera invención de un humanista del siglo XVI, frente al criterio de autoridad de tantos sabios que cuentan con el apoyo de los escolios antiguos consultados por el autor.

La labor indiscutible como bibliista de Arias Montano queda puesta de manifiesto en el trabajo realizado por Sergio Fernández López sobre «El manuscrito I-I-3 y Arias Montano (la labor de Benito Arias Montano en la conservación de las biblias romances escurialenses)» (pp. 169-190). En relación con la postura de los hebraístas conversos del siglo XVI, la postura arcana de Arias Montano y la histórica y profética de Alonso Gutiel, están reflejadas en el objeto de estudio de Emilia Fernández Tejero y Natalio Fernández Marcos, intitulado «Alonso Gutiel: ciencia y miseria» (pp.

191-200). Francisco Javier Fuente Fernández, en su estudio sobre «El padre Mariana y los libros prohibidos de los rabinos» (pp. 201-230), expone su labor investigadora sobre el manuscrito del padre Mariana del British Museum, llevado a cabo conjuntamente con el profesor Gaspar Morocho, con el que le rinde este homenaje póstumo. En el trabajo, tras el estudio general del tema, se expone la edición de dicho manuscrito, elaborado por Mariana a la manera de un discurso de la retórica clásica, en el que, en carta dirigida al Inquisidor General, defiende su postura del inconveniente de la prohibición de tener y leer libros de los rabinos. Luis Gómez Canseco y Valentín Núñez Rivera incluyen como homenaje a Gaspar Morocho un estudio sobre un nuevo manuscrito del texto de la «Paráfrasis sobre el Cantar de los Cantares de Benito Arias Montano (un manuscrito inédito y alguna cosa más)» (pp. 231-236), al que añaden en apéndice la «prefación» del manuscrito. Rosa M^a. Iglesias Montiel y M^a. Consuelo Álvarez Morán añadan en este homenaje dos campos de estudio del profesor Morocho, los escolios a autores griegos y el humanismo del siglo XVI, en sus interpretaciones y aportaciones sobre los «Escolios griegos en la *Mitología* de Natale Conti (Venecia 1567)» (pp. 241-250).

En este homenaje es también objeto de estudio e interpretación de José M^a Maestre Maestre sus «Notas de crítica textual y hermenéutica a los poemas latinos del Bronce» (pp. 251-271), al hacer la comparación de fuentes y añadir las que fueron más contemporáneas al autor, como, por ejemplo, Juan Baptista Mantuano. De tema muy diferente, pero de indudable valor, es la edición moderna con traducción realizada por Crescencio Miguélez Baños sobre el «Sermón de fray Dionisio Vázquez, *De unitate et simplicitate personae Christi in duabus naturis*» (pp. 273-311). De uno de los humanistas españoles más queridos por el profesor Gaspar Morocho, Pedro de Valencia, aportan los archiveros del municipio de Zafra, José María Moreno González y Juan Carlos Rubio Masa, la «Documentación notarial referente a Pedro de Valencia y su familia en el Archivo Histórico Municipal de Zafra» (pp. 313-328).

Sobre humanismo y tradición clásica es el artículo presentado por Francisca Moya del Baño, «Una *lectio difficilior* en un soneto difícil de Quevedo (‘Oh, fallezcan los blancos, los postreros’). Una conjetura sustentada en un texto de Persio, que da luz al lugar y al soneto» (pp. 329-344), en el que, tras un minucioso estudio de las aportaciones de González Salas, la autora interpreta acertadamente la fuente principal de Quevedo, que no es otra que la Sátira II de Persio.

Otra de las obras menos conocidas de Arias Montano, las *Virorum doctorum de disciplinis benemerentium Effigies XLIII*, que realizó en colaboración con Philips Galle, es objeto de propuesta de una edición crítica por parte de Fernando Navarro Antolín y Luis Gómez Canseco, basándose en el prototipo de 1572 y en las ediciones y reimpressiones de las *Effigies*, junto con el ejemplar existente en la Biblioteca Nacional de Madrid (pp. 345-365). Sobre Flavio Josefo, fuente de Arias Montano, escribe Jesús María Nieto Ibáñez para su participación en este homenaje con un trabajo sobre «Flavio Josefo en los *Antiquitatum Iudaicarum libri IX* de Arias Montano» (pp.367-379), completando, además, las peculiaridades propias del humanista español, que demuestra en sus citas marginales un notable conocimiento de las diversas tradiciones, griegas, judías y latinas existentes sobre el texto flaviano.

El pensamiento filosófico y económico del humanista Pedro de Valencia, orientado en sus principios bíblicos, queda expuesto en la colaboración del trabajo de Jesús Paradinas Fuentes, «Fundamentos bíblicos del pensamiento económico de Pedro de Valencia» (pp. 381-390). Manuel Pellecín Lancharro nos muestra en este homenaje la vida y obra de otro pacense ilustre, contemporáneo de Arias Montano, perseguido por la Inquisición por hereje, «Casiodoro de Reina» (pp. 391-401), quien tradujo la Biblia al castellano y murió como pastor luterano en Francfort.

Miguel Rodríguez Pantoja colabora en este homenaje a Gaspar Morocho con unos «Preliminares a una edición del *Poema Mariano* de Anchieta» (pp. 403-412), realizando las correcciones oportunas a otras ediciones anteriores, como la de A. Cardoso. Dignos también de destacar en este libro son los estudios realizados por Juan Salvador, «Observaciones sobre los Manuscritos de la Biblioteca de Antonio Agustín, conservador en Roma» (pp. 413-427); sobre la disciplina de la Retórica, cabe destacar el estudio de M^a Asunción Sánchez Manzano, «La retórica y su significado según las definiciones de tratados de esa disciplina escritos en latín entre 1500 y 1650» (pp.429-464); las coincidencias del pensamiento humanista entre «El Pinciano y Erasmo» (pp. 465-473) son analizadas por Juan Signes Codoñer, y, finalmente, M^a Isabel Vipurcos Marinas y M^a Dolores Campos Sánchez-Bordona realizan su estudio sobre «Los fondos históricos-bibliográficos del convento de San Marcos de León: dominio del ámbito europeo y olvido del americano» (pp. 475-506).

Merece especial alabanza no sólo la cuidada edición del libro *Humanae Litterae. Estudios de humanismo y tradición clásica en homenaje al profesor Gaspar Morocho*, realizada por Juan Francisco Domínguez, sino también el ultimar la obra con útiles Índices (*nominum, auctorum, biblicus*), que sin duda facilitan al lector su lectura y apreciación de la misma.

Virginia BONMATÍ
Universidad Complutense

Virginia BONMATÍ SÁNCHEZ, *L. Valla: Apólogo contra Poggio Bracciolini (1542). Poggio Bracciolini: Quinta invectiva contra Lorenzo Valla (1453). Estudio y edición crítica con traducción*, León, Universidad de León 2006, 149 pp.

La Dra. Bonmatí, destacada investigadora de Historia de la Gramática, especialista en Antonio de Nebrija, nos presenta en este libro el complemento polémico, la trastienda de las discusiones lingüísticas del Cuatrocientos. La profesora edita, comenta y traduce el *Apologus seu actus scenicus in Poggium* de Valla (réplica a la *Quarta invectiva* de Poggio), que critica supuestos errores gramaticales cometidos por Poggio en su *Carta a Nicoli*. Y, en segundo lugar, la *Quinta Oratio Invectiva* de Poggio, que contesta al escrito de Valla.

Ambos opúsculos reportan un intercambio epistolar sumamente polémico, originado por esas dos cumbres del Renacimiento que son Lorenzo Valla y Poggio. En la cortina de humo y polvo que crea la batalla, no sabe uno cómo calificar esos libelos:

si de apólogos o de invectivas. Lorenzo Valla, en efecto, llama a su escrito «apólogo», cuando más bien se trata de una virulenta invectiva. De ahí las variantes que ofrece el título en las distintas ediciones: ms. 613: *Invectiva. Apologo*; 1529: *Eiusdem Laurentii Vallae in eundem Poggium Libellus Primus in dialogo conscriptus*; 1536: *Apologus in Poggium*; 1540: *Laurentii Vallensis Apologo seu actus scenicus*. Esta última versión es la elegida por la editora. A su vez, el escrito de Poggio, que se llama «invectiva», es realmente una defensa.

Manifiesta Valla cierta falta de método en la polémica. ¿Cómo puede replicar a una invectiva que no ha podido leer aún: *eam nondum habere potui* (v. 4)? Él, que acusa a Poggio de no disputar a base de argumentos (*de iure causae suae*), sino mediante injurias (*maledictis conuiciisque*) (vv. 1-4). Y se advierte un cierto mal gusto: los personajes más vulgares (un cocinero, un jefe de cuadras y un bodeguero) hacen de acusadores de Poggio en pro de Valla, el clásico, el elegante. Más aún, finge éste apelar, a su favor y en contra de Poggio, al propio Guarino, el gramático más prestigioso del momento. A Poggio no se le da la oportunidad de replicar, se le describe como dormilón; él mismo se autoinculpa (v. 55), rehuye la discusión (v. 75), sólo le interesa la cocina (vv. 75-78), habla como un idiota (v. 167).

El estilo de la réplica de Poggio no es menos virulento: llama a Valla «más que loco», «búfalo», «meretriz», «que has puesto tu confianza únicamente en tu jactancia y maledicencia», «falto de ingenio y de retórica», «de baja condición social» (cap. 1). Le acusa de utilizar la sátira como una farsa al «poner a Guarino como juez» (cap. 2), haciéndole decir que «eres el hombre más erudito» (cap. 7): «¿por qué no inventaste un juez de nombre ficticio?» (caps. 3-4). En la misma línea: «Si dices que no viste mi segundo *Discurso*... ¿cómo sabes que discuto contigo, no mediante argumentos, sino con injurias?», y «Eliges mis *Epistolas a Nicolás*...; la culpa de que hayan sido corrompidas no es mía, sino de los copistas... Ciertamente muchas de mis epístolas me fueron devueltas para corregirlas y las encontré tan llenas de errores que apenas las reconocía como mías...; algunas que tú desapruebas, han sido dichas en un correcto latín y siguiendo la costumbre de los autores antiguos: *more prisco et recte latineque dicta*». El que Valla haya criticado al propio Cicerón, a Aristóteles, a Alberto Magno y a Tomás de Aquino, a los beatos Jerónimo y Agustín, hace que «no me tome a mal que me denigre un sacrílego detractor» (cap. 6). Recapitula sus anteriores invectivas (cap. 6). Le reprocha las «impertinencias» y «herejías» vertidas en sus libros, dignas de que «algún día sean quemados en una hoguera junto con su autor» (caps. 8-10).

En resumen, los dos libelos describen la atmósfera social de la intelectualidad y la comunidad científica de la época del Humanismo, comunidad que en sus relaciones humanas no parece muy ejemplar. No se trata de negar la libertad de palabra, la auténtica *parrhêsia*, pero tampoco hay que confundirla con el odio sectario. No hay razón para tanta ofensa. Poggio no es «un borracho» (vv. 228-270), ni merece ser «azotado» (635-721) o «trabajar en el establo» (298-375); no es un «puerco» (482), ni incapaz de aprender (515-520), ni un «carnero castrado» (710), ni tampoco «un bárbaro» (680-681), por más que Valla haya hecho bien en perseverar en su metodología lingüística.

Tras de estas polémicas se parapetan dos concepciones gramaticales distintas de la lengua latina: dos registros, estilos, cánones y épocas del latín. Hay dos mo-

delos diferentes del *latine loqui*: el maximalista de las *Elegancias* de Valla, que pretende restaurar un latín culto, siguiendo a los mejores modelos, Cicerón y Quintiliano, y que rechaza los remedos medievales. Y otro más relajado, el de Poggio (uno de los humanistas más conspicuos, descubridor de múltiples códices), que abarca toda la historia del latín, incluso los autores tardíos (Mario Victorino, el Derecho Romano, Prisciano, Isidoro, etc.) y los registros vulgares. El tema había sido objeto de su *Disceptatio convivalis III* y de su correspondencia con L. Bruni y F. Biondo. Contra la *Disceptatio* es contra la que sucesivamente escribe Lorenzo Valla sus *Apólogos*.

Pero realmente no hay tanto error gramatical en las citas de Poggio que tanto se ridiculizan en este *Apólogo* de Valla. Para Poggio, no hay más límite que la gramática: *istae sunt subtilitates Italicorum vanae in quibus nullum peccatum est. Tunc vere peccatur, quum grammatica ... corrumpitur* (317-320).

Sus textos, que adolecen de errores gramaticales según el *Apólogo*, merecen más venia: Valla tiene una concepción discutible del comparativo y el superlativo (150-159) y de los incoativos (188 ss.); Poggio ha confundido *unus* y *quidam* (205 ss.); ha hecho un uso, propio de «idiotas», de *quindena*, cuando realmente tiene antecedentes antiguos; también ha usado la expresión *de proximo* (173), que también usó Plauto. O *constituere se in locum alterius* (168), usada ya por Cicerón. *Quoad animum* (mal entendida como *quo ad animum*) es tachada y sustituida por *quantum ad animum* (593-597). No admite Valla para ciertos nombres griegos (738-744) la heteroclisia, reprocha las licencias gramaticales que se toma Poggio imitando a los poetas (563-578), etc. Los dos puntos de vista son muy legítimos: no hay razón para tanto impropio, y sí para la discusión científica.

Se compone el libro que comentamos de las siguientes partes.

Tras un prólogo del Prof. Santiago López Moreda (el editor español de las *Elegancias* de Valla y de su *Historia de Fernando de Aragón*), en que encomia este tipo de trabajos «periféricos», la propia autora hace un estudio de la vida de Lorenzo Valla. Enumera las restantes obras, tanto filosóficas, como teológicas o de Derecho eclesiástico. Hace ver lo que fue una vida consagrada a la aventura intelectual en todos los frentes, en exceso polémica (incluso contra los que estaban en su misma línea), pero que sirvió de revulsivo dentro del ambiente medieval que todavía era dominante, hasta conseguir el despegue del Humanismo. Establece Bonmatí el trasfondo teórico lingüístico de esta polémica. Y pasa a la edición, comentario y traducción de los dos opúsculos: primero del *Apologus seu actus scenicus in Poggium* de Valla; y, en segundo lugar, de la *Quinta invectiva* de Poggio.

La edición es cuidada y crítica: bien hecha. Para el *Apologus in Poggium* utiliza la autora el ms. 613 de la Bibl. Riccardiana y las ediciones sucesivas: París 1529 (= *Princeps*), Venecia 1536 y Vicentia 1540. Para la *Quinta Oratio Invectiva* de Poggio, establece como base la edición de Henrico Petro de Basilea (1538), sobre la que añade sus propias *emendationes*.

El aparato crítico está dividido en dos partes: uno de citas antiguas, que refleja los mismos usos que se critican, tanto si son aludidos en el texto, como si no, pero que sirven extraordinariamente para aclarar la polémica. Y otro, el aparato propiamente dicho,

en que se elige la lectura mejor de entre las fuentes. Al ms. 613, que «bien pudiera ser el único de esta obra que poseemos del autor y que fuese una copia coetánea», se le ha prestado la mayor atención; sobre todo cuando discrepa de las restantes ediciones. La ed. *Princeps* de París (1529) podría reflejar un origen manuscrito diferente o, al menos, un gran empeño por mejorar el ms. 613. Defendemos la versión del ms. 613, aunque tanto más *difficilior* sea, en las siguientes lecturas: 1, 23, 57, 77, 119, 139, 140, 228, 255, 258, 285 (*placet*), 294, 336, 365, 371, 395, 407, 462, 513, 514, 516, 556, 560, 577, 602, 603, 629, 686, 705, 744, además de las veces en que la editora ha elegido su versión contra las restantes ediciones. Pensamos que no todas las ediciones son igualmente valiosas: las ediciones posteriores a la *Princeps* representan, creemos, sólo *emendationes* o mejoras conscientes del texto.

Nos parece dudosa la división en escenas que Bonmatí hace del *Apólogo* de Valla, ya que el escenario se mantiene idéntico, los personajes no «entran» ni se ausentan (meramente intervienen o no, según el caso) y tampoco se consigue ninguna meta especial en cada escena. Aunque indudablemente esa división en escenas sirva para animar la sarta de reproches que se hacen a Poggio, ha dado pie a una numeración de las distintas intervenciones o turnos que nos parece inútil.

La traducción es muy buena y generalmente se acompaña de notas que dan a entender la pertinencia de la cita respecto a la discusión gramatical. Hubiera sido mejor que las citas de Poggio se hubieran traducido también.

En definitiva, quienes se interesen por la rebotica social de polémicas y escuelas (incluso, sobre temas tan poco ideológicos como son los lingüísticos) no quedarán defraudados con la que se nos describe aquí. Las disputas y sectarismos tienen larga tradición, ya desde la Antigüedad, y por desgracia siguen estando vivos y coleando. Este aspecto de la disputa humanista creemos que merecería muchas más investigaciones.

Antonio RUIZ CASTELLANOS
Universidad de Cádiz
antonio.ruizcastellanos@uca.es